

Apogeo y decadencia de la ciudad-ambiente

NOTA I

Por el arquitecto Jorge A. Cremaschi, secretario de la Asociación por la Preservación del Arbol y su Ambiente (APASA).

Mendoza debe reelaborar una futura legislación por la preservación y desarrollo del árbol y su ambiente, que impida la pérdida de tal vez, nuestro mayor y trascendente

“Mendoza: la Cultura del Arbol”

Los días 5 y 6 del corriente la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Mendoza y la Asociación por la Preservación del Arbol y su Ambiente (A.P.A.S.A.), han organizado conjuntamente las II Jornadas referidas a “Mendoza: la cultura del árbol”, y dedicadas al doctor Gerónimo Sosa.

Se ha convocado a un amplio espectro de instituciones públicas y privadas, personas representativas del pensamiento local, técnicos, científicos, políticos, legisladores, periodistas, educadores, juristas, consejeros, escritores y estudiantes.

patrimonio socio-cultural a nivel universal: la creación de un sistematizado acondicionamiento climático, con funcionamiento basado en la aplicación de las cualidades ambientales del árbol y otros componentes naturales y sobrepuesto al asentamiento de una población humana del desierto árido.

Una concepción legal superior debería amparar lo que resta de él y orientar el renacer del notable modelo de ecosistema urbano que existió en nuestra región. Mendoza debe reconstruir su ciudad-ambiente fruto del genio de tres imaginativos de la ciencia, del sentimiento y la acción, el doctor Emilio Coni, el arquitecto Carlos Thays y el doctor Emilio Civit, quienes a partir de 1896 plasmaron una creación cuidadosamente elaborada, un verdadero santuario del bienestar humano inserto sobre el mismo éjido donde señoreaban, hasta entonces, la peste y las epidemias, hacfa estragos la insalubridad, las fiebres, el bocio y la deshidratación infantil; asfixiaban la inmovilidad atmosférica, el polvo y la sequía; emboscaban los cambios bruscos de temperatura, el zonda y la insolación.

Como un manto protector de la salud humana nació la dendrópolis (dentro — árbol, polis — ciudad), hoy la urbe decadente y olvidada de la memoria colectiva de los mendocinos.

El Apogeo

Describir la dendrópolis en su periodo de esplendor es evocar aquellos espacios públicos que constituían sus calles, avenidas y carriles, que podrían parangonarse con los de un múltiple y articulado templo de monumentales naves entrecruzadas, cuyas abovedadas y luminosas cubiertas fueran sostenidas por cien mil columnas arbóreas y sus correspondientes tracerías. Naves de

Una característica del paisaje de Mendoza, las arboledas. Ellas merecen ser preservadas.



variados perfiles, desde ojivales a circulares, con singulares cúpulas cenitales y esquineras.

Es recordar nuestras plazas-recinto, elaboradas para el disfrute del espacio vertical y la sensación climática en la piel.

Es rememorar su parque, que como un mágico dendrocopio permitía visualizar maravillosos espacios y formas en infinitas combinaciones cromáticas, con el agregado de refinadas obras de arte del espíritu del siglo diecinueve.

Es tener presente esa exquisitez de la sensibilidad que fue nuestro Parque Aborigen, sin duda un clásico del genio paisajístico mendocino. Se fusionaron el tesoro de nuestra naturaleza y el tiempo de las primeras culturas que la veneraron. Desde su mirador incaico aparecía transparente el sentido del emplazamiento de la Cultura del Arbol.

Enclavada en medio de un anfiteatro árido, se erguía excelsa en el arenal que ya concluía, reconociendo su estirpe pedemontana y su subordinación andina. Enmarcada por el riego artificial y el bosque, se oponía, como un estuche esmeralda el entorno seco, pero se ligaba amorosamente a su relieve, a su atmósfera en suave movimiento y a la vegetación sabia y humilde.

Girando hacia el oeste se perfilaba una plataforma natu-

ral con silueta característica de torre de observación. Allí se elevó el apoteósico monumento a la libertad, a sus protagonistas y a su problemática. También aparecía dramáticamente escenificado el tema de la fauna y de los recursos y derechos naturales. Magnífico y eterno dilema para el hombre enraizado en este paisaje: ser o no ser.

Mendoza tiene la obligación ética de recordar que la dendrópolis nació en momentos signados por la pobreza económica, el desconcierto y la muerte demográfica; comprender que el mejoramiento del bienestar físico, mental y social de sus pobladores permitió el acceso a las vigorosas corrientes migratorias; reflexionar que la implantación de su notable unidad bioclimática utilizaba la económica energía de las suaves y secas brisas deslizando desde la cercana serranía; que las piezas y engranajes que constituyen su inteligente y delicado mecanismo fueron elegidas y dispuestas armoniosamente.

No bastaba con forestar, no era suficiente el oasis espontáneo o impensado. ¡Cuán dolorosa resultó la experiencia de la erradicación de los árboles carolinios de la insalubre ciudad delineada por Ballofet! Los elementos de una ciudad-ambiente debían responder a una eficiente e informada selección, disposición y control de sus componentes naturales y culturales.

El objetivo prioritario de estabilizar el clima urbano fue logrado como produ-

vivienda y confort

tor y amortiguador de altibajos climáticos. Su uso se basaba en el conocimiento de las propiedades físicas de la abundante agua que contienen sus hojas y ramaje. Podríamos imaginarlos como luminosas sombrillas de delgadas láminas líquidas.

Otras variedades, por su particular corteza y textura, actuarían como lentos evaporadores o filtros.

El plátano, ese magnífico, vigoroso y longevo híbrido de América y Europa, todo un símbolo, concursó victoriosamente aquellas exigencias hasta llegar a constituirse en la base del sistema. Desde entonces la dendrópolis se identificó por la hegemonía de su espléndida imagen.

Hoy sabemos que su follaje sustrae a la atmósfera durante las veinticuatro horas del día un calor equivalente a 48.000 kilocalorías, que corresponden

al enfriamiento producido por diez climatizadores trabajando simultáneamente en el mismo lapso de tiempo, en una eficiencia del 98 o/o y que este prodigioso proceso fisiológico requiere solamente la utilización de aproximadamente mil litros diarios de agua, que incluso es devuelta a la atmósfera a través de sus funciones de evapotranspiración y fotosíntesis.

Por si fuera poco está considerado el organismo descontaminante por excelencia, ya sea por su resistencia como a su actividad fijadora de la contaminación ambiental.

La decadencia

Aquella gran concreción cultural es continuada durante aproximadamente medio siglo.

Gradualmente el desafortunado cisma entre el pensar, el sentir y la acción fue debilitando la maravillosa potencia creadora que se generó como respuesta al desafío del medio hacia 1900.

La ciudad de Mendoza comenzó a deteriorar sus perfiles originales. No sólo no logramos crear entornos nuevos que resulten satisfactorios, sino que fuimos perdiendo lo mejor de lo que tenían los viejos, se descuidaron o se destruyeron símbolos e imágenes antiguas y trascendentes, o sea los testimonios más importantes de la vida comunitaria del hombre mendocino.

El árbol, esa figura identificada con el vigor, el equilibrio y lo sublime pese a la realización de actividades concientizadoras, la introducción de legislación y comisiones protec-

toras, sobrevive agredido en sus espacios vitales, hasta convertirlo en una imagen malformada, sedienta y declinante.

No obstante, prosigue brindándonos generosamente sus últimas sombras y luces protectoras, amparándonos cada vez con mayor debilidad de la contaminación ambiental, de la tensión urbana, reduciendo la sequía, el polvo, el viento y los ruidos excesivos y continuará haciéndolo hasta su muerte, víctima heroica, silenciosa y resignada del irracional, cruel e inmoral dendrocidio (dentro—árbol, cidió—muerte por causa humana) mendocino.